

# FRAGMENTO DE PESADILLA

POR

ANTONIO MACHADO

**S**ONARON unos golpecitos en la puerta.  
Me desperté sobresaltado.

—¿Quién es?

—*Soy yo: el verdugo.*

Por un alto ventanuco entraba la luz clara y fría del amanecer.

Apareció un hombrecillo viejo y jovial, con un paquete bajo el brazo.

—*Puede usted, si quiere, dormir un poquito más; todavía no es hora... Pero si le es a usted lo mismo... Yo estoy a su disposición. Ahorco a domicilio y traigo conmigo todo lo necesario.*

El hombrecillo tenía aspecto de barbero.

Yo me sentí sobre un lecho duro. Miré en torno mío. ¡Qué extraña habitación!

—*¿A domicilio?... Esta no es mi casa.*

—*El domicilio del preso es la celda de la cárcel.*

Y el viejo sonreía afablemente.

—*Pero ¿es cierto que es usted el verdugo? ¿Y me va usted a ahorcar?*

—*Sí; pero eso no tiene importancia; se hace todos los días. Además, hoy por ti y mañana por mí.*

—*Eso es lo que ya no comprendo.*

—*Sí; que hoy viene por usted el verdugo y mañana por mí. El verdugo es la muerte.*

Me golpeé el pecho con ambas manos, para ver si estaba despierto o si soñaba. Después grité:

—*¡¡Soy inocente!!*

—*Oh amigo, compañero (porque yo también soy compañero de usted; figuro en el escalafón de empleados, aunque cobro por nómina aparte), procure reportarse. Yo ahorco por las buenas. Nada de violencia... Pero póngase usted en mi caso. Si no le ahorco a usted, me ahorcan a mí. Además, tengo mujer e hijos... Usted se hará cargo.*

En efecto—pensaba yo—: los verdugos son hombres finos, que procuran no molestar demasiado a sus víctimas y aun captarse su benevolencia, pidiéndoles perdón anticipado por la ejecución. Esto va de veras... ¡Dios mío!

—*¿Se decide usted? Verá qué cosa tan sencilla*—dijo el hombrecillo sonriente, mientras depositaba en el suelo algo envuelto en un paño negro.

Yo miraba a las paredes de la celda, húmedas y mugrientas, pintarrajeadas con almazarrón. Y leí—ya sin extrañeza—algunos letreros: «¡Mírate en ese espejo!», «El verdadero ahorcado huele a pescado», «Toribio: ¡saca la lengua!»

El viejecillo levantó el paño negro y descubrió un artefacto, algo así como una horma de sombrerero, colocada sobre un mástil que iba poco a poco levantándose...

Comencé a sentir un vago malestar en el estómago, que, poco a poco, se iba adueñando de todo mi cuerpo.

(¡Qué desagradable es todo esto!)

—*Un metro ochenta... Basta... ¿Ve usted?*—añadió—.

*¡Animo! En un periquete despachamos—y el viejecillo me miraba sonriente, cariñoso... Yo pensaba: (Este tío es un far-sante.)*

Mientras contemplaba el extraño aparato, mi memoria se iluminaba. Empecé a recordar... Sí; se me había acusado de un crimen. Yo arrojé a la vía—según se me dijo—al revisor del expreso de Barcelona. Un juez me interrogó; después quedé procesado y preso. Cuando se vió la causa, los jurados contestaron sí a tres preguntas y NO a otras tres. Se me condenó a pena capital. Yo grité: ¡Soy inocente! Los jueces me mandaron callar con malos modos. Mientras me retiraba de la sala, conducido por dos guardias civiles, observé que los jueces conversaban de buen humor con mi abogado. Uno dijo:

*—Y todo por viajar gratis, como si fuera un senador del reino.*

Mi abogado hizo un chiste.

*—Para el viaje que le espera, ya no necesita billete...*

Lo recordaba todo, todo, menos mi viaje en el expreso de Barcelona.

*—Levántese, amiguito, y procederemos a la ejecución. Si aguardamos a la hora señalada, tendré que ahorcarle a usted en el teatro, con todas las de la ley.*

*—¡¡...!!*

*—Sí... Y el público es exigente; las entradas son caras—dijo el verdugo. Y añadió con malicia y misterio—: Los curas las revenden.*

¡Los curas las revenden!... En esta frase absurda latía algo horrible. En ella culminaba mi pesadilla.

*—Sí—pensé; estoy perdido...*

Fuera de la celda sonaron pasos, voces, bullicio de gente que se aproximaba.

Se oyó una vocecilla femenina, casi infantil.

*—¿Es aquí donde se va a ahorcar a un inocente?*

Otra vocecita, no menos doncellil:

*—Y si es inocente, ¿por qué lo ahorcan?*

La primera vocecilla :

—*Calla, boba, que ésa es la gracia.*

El verdugo exclamó entonces con voz tonante, que no le había sonado hasta entonces.

—*Aquí se ahorca, y nada más... Pase el que quiera.*

Y, volviéndose hacia mí, añadió en voz baja :

—*¿Lo ve usted? Ya no hay combinación. (Alto.) ¡Adelante, adelante!*

Yo sudaba como un pollo y repetía maquinalmente :

—*Ya no hay combinación. ¡Adelante, adelante!*

El verdugo abrió el pesado portón. Una multitud abigarrada llenó, en desorden, la prisión. Burgueses, obreros, golfos, mujeres, soldados, chiquillos... Muchos arrastraban sillas, bancos y taburetes... Algunos traían canastos y tarteras con meriendas. Un naranjero pregonaba su mercancía.

EL HOMBRE DE LA PERILLA DE ALABARDERO (al cura, sentado a su derecha) : *Verá usted cómo nos deja mal este verdugo.*

EL CURA : *¿Qué se puede esperar de un peluquero?*

EL HOMBRE... : *En otro tiempo los verdugos eran hombres que sabían su oficio; ellos tejían y trenzaban la cuerda; levantaban el tablado. Algunos habían hecho largo aprendizaje en el matadero. Estos eran los que degollaban a los hidalgos.*

EL CURA : *Sí; era gente ruda, pero seria. Los de hoy serán más científicos, pero...*

—*Señores*—gritó el verdugo, dirigiéndose a la concurrencia—, *va a comenzar la ejecución. ¡Arriba el sambenitado!*

¡El sambenitado!... Nunca me había oído llamar así.

—*Se trata, señores*—continuó el verdugo—, *de dar una solución científica, elegante y perfectamente laica al último problema. Mi modesto aparato...*

Rumores contradictorios; palmadas, silbidos. Algunos golfos, pateando a compás : *¡Camelos, no; camelos, no!*

UNA VOZ : *¡Viva la ciencia!*

OTRA VOZ : *¡Viva Cristo!*

EL HOMBRE... (con voz tonante) : *¡Fuera gentuza!... Y si-*

*lencio, en nombre del rey. (Pausado.) El señor verdugo tiene un privilegio real para ensayar un aparato de su invención. Al reo asiste el derecho de reclamar los auxilios de nuestra santa religión, antes, naturalmente, de que se le ejecute; pero puede prescindir de ellos, si ésta es su voluntad. Nuestro augusto monarca quiere mostrar a su amado pueblo su tolerancia, su sentimiento del nuevo ritmo de los tiempos...*

VOCES : ¡Camelos, no!...

EL HOMBRE... : ¡Fuera gentuza! Y silencio, en nombre del rey.

EL CURA (aparte) : ¡Vivir para ver!

EL VERDUGO : *Mi modesto aparato...*

LA JOVENCITA : *Mira qué cara tiene el sambenitado. Se comprende que lo ahorquen.*

.....

A LA ORILLA DEL AGUA IRREBOGABLE :

—*Esa barba verdosa... Sí, usted es Caronte.*

CARONTE : *¿Quién te trajo, infeliz, a esta ribera?*

—*Ahorcóme un peluquero; no sé por qué razón.*

CARONTE : *¡La de todos! Aguarda y embarcarás.*

—*¡La de todos!... Y yo que creí haber muerto de una*

*fol. 8v.-13v. manera original...*

Baeza, 2 de mayo de 1914.